

CONFABULARIO PARA UN RETRATO:

INMACULADA DÍAZ MIGUEL

JUANJO VALENCIA

Primer fin de semana en los Estados Unidos

Viernes 23 de mayo

En el mundo real, en el que habitan millones de personas, hoy empieza el corto periodo de tiempo en el que el sentimiento de libertad de asoma efímeramente para demostrar el domingo el inexorable paso del tiempo sin más, ninguno de ellos logrará cuestionar siquiera, las conclusiones retardadas a las que, pobre de mí, intento llegar en este retiro voluntario.

Hoy viernes lo pasaré entre árboles y lilos en flor, escuchando pájaros que nunca oí antes y que sin duda ignoran mi existencia. Me levanté a las 6:35 de la mañana, hay tanto silencio a mi alrededor que ni siquiera las nubes que cubren el cielo pueden impedir que permanezca en la cama por más tiempo. Hoy empieza mi trabajo, lo cual me permitirá poder dar un paseo en mi tiempo libre. Hoy quiero estar sola fuera de la casa, sería una necia si negara que echo de menos todo lo que dejé atrás y que todavía no sé cómo vivir en este nuevo mundo, pero no me arrepiento, a pesar de mi sentimiento de pérdida y desolación no estoy triste, no tomo más pastillas que las necesarias, es decir, sólo para dormir.

Un camión cuadrado se encarga de limpiar las cunetas de las infinitas carreteras que conducen a las casas dispersas por el bosque, al que por otro lado, no le importa lo más mínimo invadir su terreno una vez asentados los cimientos.

La habitación es amarilla y mi cuarto de baño azul, todo es nuevo a estrenar excepto la mesa sobre la que escribo. La mesa, puede que por eso hoy so-

ñara de nuevo que iba a la escuela en la que aprendí las primeras cosas sobre ese mundo exterior del que hoy me aparto. La mesa es una pequeña reliquia en la que algún pequeño marcó los últimos días de su tortura, bajo la tabla horizontal se ven unas marcas verticales sobre las que como en una cárcel se dibujan los trazos apretados de una lápiz infantil.

Pero delante de la mesa está la ventana y delante de la ventana los árboles, de nuevo los árboles verdes y húmedos atropellando todo lo que encuentran a su paso, embelleciendo un paisaje ficticio que se desintegra a medida que pasa el día. Todavía no hay movimiento en la casa, él se ha marchado a la ciudad y ella descansa cuando Olivia se lo permite. Pronto empieza la acción, siento que vivo en un mundo prestado y eso no lo esperaba, todavía es pronto para sacar conclusiones, me gusta contar las primeras impresiones porque luego nunca se parecen a las segundas.

Un buen paseo, caminé por las inmediaciones de la casa, un letrero pegado en los árboles llamaba mi atención más aún que la belleza del paisaje en el que se situaba, en él se prohibía cazar, pescar y cualquier actividad, no era esto lo que me impresionaba sino la necesidad de dejarlo explícito de forma tan agravante, clavándolo sobre el tronco vivo de un árbol. No había nadie paseando, pero encontré muchas ardillas y vi tres ciervos a muy poca distancia, por supuesto salieron huyendo cuando se percataron de mi presencia. Por lo demás la luz no parece cambiar, tiene la misma intensidad desde que amanece hasta que se pone el sol y eso aumenta mi sensación de extrañeza. Ya me ocurrió la primera vez que fui a Finlandia. Al principio salí a la calle como esperando encontrar ya las respuestas o al menos las preguntas por las que vine hasta aquí, pero enseguida me di cuenta que esa no es la actitud, eso sí lo sé, se trata de estar tranquila y encontrar, tener los ojos abiertos y la mirada reposada para que no se me escapen los signos, todavía no sé porqué estoy aquí. Pero aún es pronto las espirias aun no han florecido.

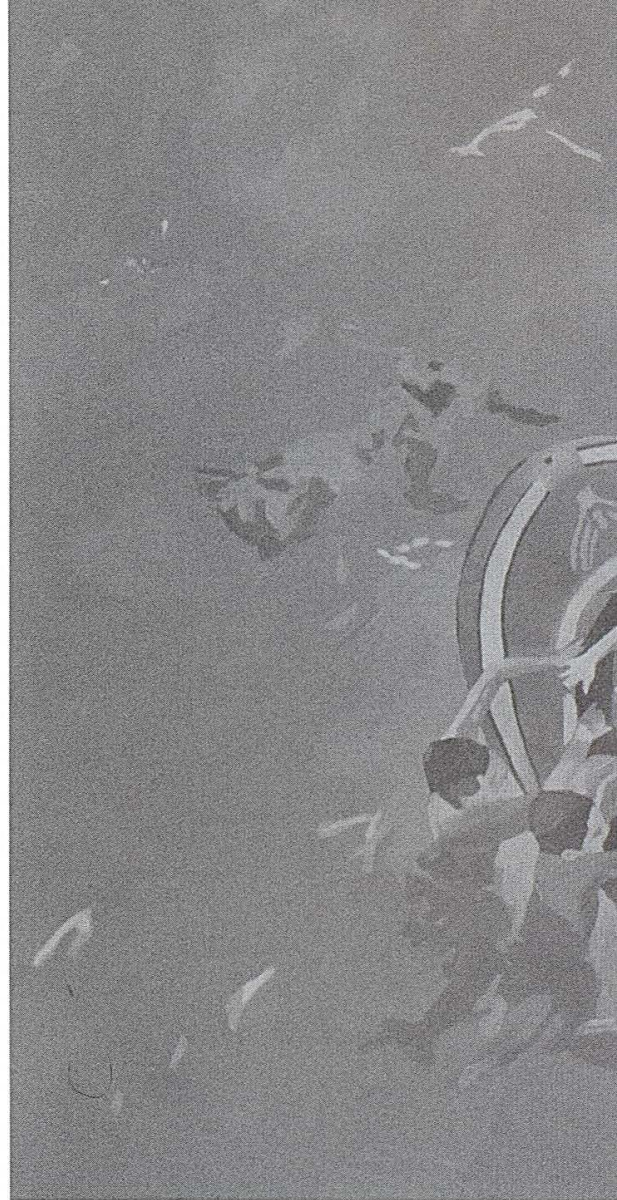


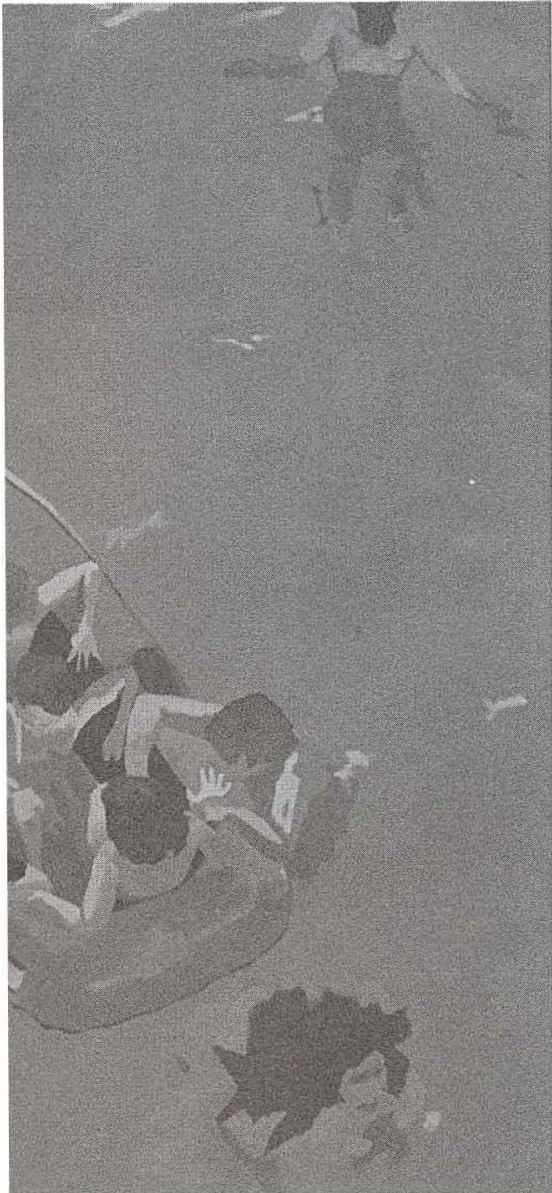
Foto: © Alejandro Delgado

Domingo 25 de mayo de 2003

Las ardillas prefieren los árboles secos para trepar, ayer encontré una ardilla de alcantarilla en la ciudad, se acercó a mí sospechosamente tanto que pensé que comería dedos de gente tonta. Sigue nublado pero empieza a hacer calor, dos o tres días de diferencia son suficientes para que aparezcan muchas más flores en las cunetas, las lomas de las laderas están invadidas sin vallas por los jardines de aspecto salvaje. Las semillas vuelan suavemente delante de mi ventana. Cogí un pequeño ramo de flores durante mi paseo de domingo y después me eché una siesta, siempre a horas intempestivas. Siempre cuando lo pide el cuerpo.

Me desperté con un cambio de planes, no iría a la ciudad, “no tengo prisas” recordé, prefiero coger un coche y pasear los alrededores, reconocer por mí misma el transcurrir del paisaje sobre un motor, hoy las tostadas ya no parecían tan diferentes. Recibí los consejos pertinentes sobre el comportamiento apropiado en caso de encontrar algún problema y me encaminé con el “pikap” blanco y con la publicidad de las paellas de la empresa familiar en los laterales, no sé muy bien si eso me hacía más o menos ajena al entorno.

Fui directamente al supermercado de Patersson, bastante como en las películas, bastante como en cualquier parte, pero dentro todo cambiaba, estuve dos horas intentando averiguar el orden de colocación de los productos, averiguando las formas de vida de los individuos que no tienen gel con olor fresco o que dejan su cuerpo con olor a frutas del bosque. Tal y como esperaba muchas cajas con productos previamente manufacturados y comidas prefabricadas, pero a la vez otros muchos alimentos que pretendían abogar por la dieta saludable y la vida sana que hace de los ciudadanos de este gran país gente más buena y más trabajadora, incluso más honrada. Digno de destacar por su belleza sólo recuerdo unas botellas con té verde ya preparado en



cualquiera de sus variedades, otras botellas de bebidas energéticas de unos colores espectaculares y unas cajas de sardinas con la silueta de una mujer arrastrada por el viento. Uno de los momentos más emocionantes en este lugar fue la llegada a la repisa de las sopas Campbel, por supuesto con mucha más variedad y orgullo que en ningún otro país. Sin duda, lo más decepcionante fue la escasa variedad de chocolates y la inexistencia de chocolate negro. Y por supuesto el penoso escaparate de tomates, aunque he de reconocer que este último quedaba compensado con una iluminada y fresca selección de verduras recién cortadas.

Sábado 24 de julio

Todas las imposiciones me abruman, aún más las que asumo voluntariamente. Cuando llegué a la ciudad a las ocho de la mañana llovía y hacía bastante frío, pero estaba tan emocionada que apenas sentía ni veía nada, atravesamos varias avenidas pero no me di cuenta de la inmensidad hasta que regresé por la tarde al estudio de Isidro, había estado todo el día caminando pero al descubrir la grandiosidad de aquellas líneas por las que circula rápidamente la gente me quedé como pasmada, no podía eliminar la sonrisa de la comisura de mis labios, en realidad esa fue mi cara casi todo el día incluso al llegar cuando el agua me daba en la cara. Quise comprar un cortaúñas, pero a las ocho de la mañana en la 29 sólo encontré abierto un almacén en el que quisieron venderme una caja entera por doce dólares, entonces probé suerte en la tienda de al lado en la que vendían medias, pero una vez más tuve que compra mínimo seis, pensé que en esta ciudad todo se hacía de esta manera, pero sólo había sido la casualidad. Quise llegar enseguida a la Quinta Avenida, quería saber qué significaba eso, aparentemente no era muy distinta de la sexta o la séptima en la que había empezado mi recorrido, pero en realidad es que todavía no podía ver las diferencias, en Nueva York cada rincón es diferente del anterior, puede que eso sea su mayor riqueza, puede que eso sea sólo lo de menos. No recuerdo el nombre del edificio que divide la Quinta pero es tan famoso que nada más verlo lo reconocí en infinidad de películas, a esas horas todo eran imágenes perdidas en mi memoria que se hacían reales a cada movimiento de mi cabeza, estaba sumergida en fragmentos de celuloide, no podía pensar en nada ni siquiera recordar, era la mirada al desnudo con contenidos que se apareaban sin medida. No sabía cómo aquel edificio se mantenía en pie, su arquitectura lo mostraba plano como una hoja de papel y pasear debajo de él hacía que el vértigo se condensara en la suela de mis zapatos a cada pisada, como si fuera

una marioneta movida por la gravedad. Entonces la majestuosidad se dispersó como por arte de magia, más tarde supe que aquello sólo había sido un fragmento mínimo, pero en aquel momento me sentí un poco decepcionada, la niebla hacía que no pudiera ver lo que se elevaba silenciosamente al fondo de la isla, me entretuve con los edificios de un campus al que prometía volver a mi actividad de estudiante y sin querer estaba cansada, fue entonces cuando comprendí que había llegado al Soho, el barrio mítico en el que se engendraron algunos de mis héroes, entré en un café, (puede que artificialmente entrañable) en el que restauré el calor de mi cuerpo y la claridad de mis pensamientos. Ya estaba aburrída de caminar sin rumbo, decidí recorrer el resto del día aquella pequeña parte buscando galerías y viendo exposiciones, para entonces me sentía lo suficientemente fuerte como para decidir lo que estaba bien y lo que estaba mal, después de todo estaba allí para hacer algo. No encontré nada especialmente interesante y comprendí que los artistas o habían desaparecido o se habían mudado. Lo primero habría sido una noticia interesante y culminante, lo segundo estaría ayudándome a tomar decisiones y a seguir el camino que había empezado por la mañana. Pero ni siquiera eso me distrajo demasiado. Comí en un restaurante francés en el que se preparaba gazpacho casero y en el que la gente entraba y se sentaba como sólo lo hace la gente en Nueva York, como si ellos fueran en realidad los protagonistas de la película que yo estaba mirando. Cada persona con la que me cruzaba en la calle era la protagonista de un escenario perfectamente construido para el momento, cuadros, renacentistas velados por la niebla que daban una profundidad especial a la escena de la representación. Desde allí me volví caminando por la sexta, no sin abastecerme de algunas de las primeras necesidades que encontré en el campo, es decir, papel y lápiz, compresas y pasta de dientes. La emoción seguía creciendo al comprobar cómo las entrañas de la tierra escupían el vapor de agua que les sobraba por las alcantarillas y cómo las rejillas de la acera no hacían nada por disimular el recorrido de un tren que atravesaba las mismas entrañas por las que circulaba el aliento que avivó a los poetas que vinieron a escribir a Nueva York.

Pelucas, pintaúñas, taxis, señoras elegantes saliendo de los hoteles, incertidumbre y sonrisas, una pintora accionista que se preocupaba por mis opiniones como artista, un trabajador oriental con sombrero y bufanda blanca, homeless, fotógrafos, escaleras, ascensores, flores y más películas rodándose en la calle y más películas esperando en cada hombre y mujer de esta ciudad llena de aire fresco.

Un beso m.